

Artículo

Desmontar mitos pretendo



Carmen Cruces / Bibliotecaria

¿Quién no ha jugado alguna vez al parchís alrededor de una mesa de camilla? Gracias a las frías noches de invierno y a los inesperados chaparrones primaverales, este amable juego, ahora casi en desuso, pasó a convertirse en el vínculo generacional por excelencia al calor del brasero. Ni siquiera el novedoso Monopoly, que ya nos ponía sobre aviso del capitalismo atroz, consiguió

desplazarlo de un tiempo y espacio que le pertenecía por derecho propio.

Aun así, y pese a lo excitante que resultaba saltarse veinte casillas de golpe (una buena tarde la tiene cualquiera), debo de reconocer que me volvía loca de contenta cada vez que decidíamos, no sin trifulca de por medio, que ya era hora de darle la vuelta al tablero y

empezar a jugar a la oca. El laberinto, el pozo, o la cárcel, formaban parte de la arquitectura de esta pequeña urbe poblada por familias de osos panda, trapecistas de circo, o indios descendientes del mismísimo Toro Sentado.

Nunca estuvo la diversidad mejor instalada que en este tablero de cuarenta por cuarenta. Pero una de las cosas que más



Artículo

divertidas resultaban eran las coletillas que entonábamos cada vez que los dados nos llevaban a alguna casilla donde la rima se hacía fuerte: de puente a puente y tiro porque me lleva la corriente, de oca a oca y tiro porque me toca, del laberinto al treinta (ésta siempre fue un verso suelto), y algunos números que traían incorporados su adjetivo calificativo no siempre muy acertado: el noventa y nueve, el más viejo; el quince, la niña bonita; el treinta y tres, la edad de cristo; el veintidós, los dos patitos...

En este estado de esparcimiento mental se encontraba servidora, cuando caí en la cuenta de que hacía justo veintidós años que el vuelo número 11 de la Compañía American Airlines fue estrellado contra la Torre Norte del complejo World Trade Center. Veintidós años de un suceso que conmocionó al mundo y que trajo como consecuencia la ocupación de Afganistán. Con toda seguridad este fue el acontecimiento más catastrófico del 2001.

Tirando de anuario, se me reviven en la memoria otros acontecimientos ocurridos el mismo año, evidentemente, no de esta gravedad, pero que marcaron también los tiempos: Silvio Berlusconi jura su cargo como primer ministro; “sólo Napoleón hizo más de lo que yo he hecho”, fue una de sus fra-

ses más célebres -la modestia no es una de sus virtudes-.

En las pantallas de cine se estrenaba “Harry Potter y la Piedra Filosofal” y la compañía Nintendo sacaba al mercado la consola Game Boy Advance para regocijo de chicos y mayores. En España se estrena la Wikipedia -faro que nos guía-, y da comienzo la serie más longeva de la televisión “Cuéntame”; dicen que los de la Orden de Alcántara están que trinan desde entonces.

Pero en el 2001 también ocurrieron cosas que no salieron a la luz en la prensa o en la televisión; son cosas que suceden a los ciudadanos de a pie, a los que no tienen puestos relevantes ni ocupan grandes despachos con ventanales desde los que se divisa la ciudad; gente de verdad.

La biblioteca de mi barrio se inauguró en el año 2001. No fue un camino de rosas todo el calvario que hubieron de pasar los vecinos hasta conseguir que llegara a buen puerto este proyecto -las fatiguitas de muerte, se lamentaba a los cuatro vientos la Paquera de Jerez en un fandango que ponía los pelos de punta-. Después de llevar años reclamándola a través de reuniones con dirigentes políticos y de movilizarse un día sí y otro también, tuvieron que atrincherarse dentro del centro para presionar -más aún- y

conseguir que el espacio se destinara a biblioteca pública antes de que los políticos se fueran por los cerros de Úbeda e hicieran de un lugar tan necesario vete tú a saber que tropezaba. Un hecho -y un derecho- tan importante y fundamental en la vida de un barrio obrero fue posible gracias a la unión vecinal y al coraje de un grupo de valerosas mujeres armadas con termos de café y carritos de la compra; una odisea digna de Kubrick.

De haberlo sabido, estoy segura de que el galardonado director se habría animado a rodar en ella algunos planos de su Odisea en el espacio, tan disparatada resultó la cosa. Visto desde la distancia, el logro que consiguieron este grupo de personas, gracias a su esfuerzo desinteresado y a un tesón admirable; bien se habría merecido al menos el nombre de una calle, que ya sabemos que los de avenidas y rotondas suelen otorgarse a alcaldes trasnochados o madres dolorosas -da igual que ninguno de los dos hayan obrado ningún milagro- se ponen nombres a las calles a lo loco.

La biblioteca está integrada en el edificio del Centro Cívico del barrio. El Centro Cívico no es un edificio muy bonito que digamos, la verdad. Tiene una estructura de esas modernas que tanto admiramos en los nórdicos pero con dimensiones





Artículo

muy por debajo de las suyas. Nuestro edificio más bien parece una maqueta, un quierito y no puedo que decimos por aquí. Tres tardes por semana ensayan en la planta baja los del taller de sevillanas, y aunque es molesto, hay días que una no tiene ganas de tanta métrica y, oye, no viene mal que el verso de vez en cuando sea “cantao”.

Aunque lo importante es que la biblioteca cumple su función. La bibliotecaria se llama como yo: Carmen; Carmen no es alta, tampoco es baja, tiene la altura perfecta para ofrecerte el libro sin necesidad de hacer estiramientos innecesarios. En los años que llevo viniendo a la biblioteca no recuerdo haberla visto nunca peinada con un moño; cuando se presentan las calores sin previo aviso -algo muy propio de aquí- Carmen se sujeta el pelo con dos lápices Staedtler del número uno, y de repente, se transforma en una dulce joven de la dinastía Ming. Esta “milenaria” costumbre, la mantiene hasta que los noticieros nos anuncian a golpe de mapa interactivo -con un solo clic pueden pasar de una tormenta de arena en Asia central a una nevada en la Alpujarra granadina-, que estas temperaturas van a permanecer hasta bien entrado octubre. Entonces, Carmen viene peinada de casa con una trenza de espigas llena de pinzas con forma de mariposas ¡Da gloria verla moverse entre las

estanterías! Es como si un montón de coloridas alas revolotearan entre los libros y estos cobrasen vida. Más de una vez me ha parecido ver a Chéjov desde una de las cubiertas del libro espantando alguna de su bigote. Además de inconformista nato, siempre ha tenido el autor fama de quisquilloso. Hace unos días que Carmen se ha cortado el pelo; le queda muy bien, y le da un aspecto más juvenil, a lo Betty Boop. Carmen lleva gafas de color rojo. No se hizo bibliotecaria por llevar gafas, ni lleva gafas por ser bibliotecaria, lleva gafas porque sus padres son miopes, y tanto ella como su hermano han heredado la miopía. A Carmen la atacaron una mañana en el patio del recreo con la célebre retahíla que tanto gusta declamar a la chavalería alborotadora: “gafitas cuatro ojos capitán de los piojos”. Solo una vez hicieron uso y disfrute de este estribillo sus compañeros, porque Carmen se defendió como gato panza arriba y repartió mandobles a diestro y siniestro. Una y no más Santo Tomás; en seguida se hizo respetar. Carmen es muy “echá p’alante” y dice y hace cosas divertidísimas; una vez, en el cumpleaños de la biblioteca, se disfrazó de caja Roja de Nestlé y ofreció bombones a todos los usuarios mientras entonaba aforismos de Gómez de la Serna: “Al calvo el peine le sirve para hacerse cosquillas paralelas”; “Astrónomo: título

para disimular un noctámbulo impertinente”; ¡qué risas nos echamos! En otra ocasión, al finalizar la sesión del club de lectura, consiguió sacar a bailar a un populoso escritor con fama de uraño (doy fe), con la excusa de que el título del libro a debatir “Malena es Nombre de Tango” bien lo merecía.

Carmen es como una de esas bolas con sorpresa que venden en las ferias, nunca sabes con que te va a sorprender. A Carmen soy incapaz de negarle nada; si me pide que escriba para alguna actividad, escribo, si me empuja a recitar, recito, si el actor del cuentacuentos no puede venir, allá que voy a desfacer entuertos - “Teo va al parque de atracciones” es una apuesta segura siempre-. A Carmen le pasan cosas; su hijo mayor, ha dejado los estudios y anda en malas compañías. Ella no lo lleva bien y dice que lo de su marido con la representante sindical en el cuarto de neumáticos no ha tenido nada que ver, que es la edad. Creo que lo de cortarse el pelo es consecuencia del momento por el que pasa, pero no se lo digo. Carmen siempre pone buena cara a los usuarios y nunca manda a callar llevándose el dedo a los labios, dice que los labios son sólo para besar. Cuando los adolescentes tienen una tarde agitada, Carmen se acerca a la mesa y los amenaza con sentarse con ellos a contarles





Artículo

chistes si vuelven a alborotar. A veces, cuando ya se han ido todos, y yo ando recogiendo, la oigo llorar muy bajito; al salir se recompone y me dice: “hasta mañana, tengo los ojos llorosos de tanto ordenador, chiquilla”. Yo quiero a Carmen, porque hace que mi vida sean más bonita, y porque me da confianza y tranquilidad; creo que todo se resume en que es buena persona.

El cine y la televisión se han encargado durante décadas de mostrarnos al personal bibliotecario -mayormente mujeres-, como seres antipáticos, solteronas feas y hurañas con falda de tubo y cuello camisero abotonado hasta las amígdalas;

un blanco fácil para burlas y mofas del tirachinas más gamberro; nada más lejos de la realidad. Las bibliotecas están llenas de profesionales que sacan su trabajo adelante de manera admirable, gente que ama lo que hace y se desviven por ello. En todos los gremios, no sólo en el bibliotecario -en la consulta del dentista, en las fábricas, en la oficina de patentes o en El corte inglés de Preciados-, trabajan personas de distinto temperamento; a lo largo de mi vida me he tropezado con funcionarios “malajes”, con agentes inmobiliarios que utilizaban estrategias mafiosas para abusar de personas mayores y con tenderos que me han dado una mala

contestación por pedirle que no me ponga los melocotones tan blandos; ¿debo pensar por ello que todos los que ejercen cualquier tipo de trabajo tienen la misma actitud o el mismo talante?

Decía mi madre que las personas somos cada una de una leche, y yo estoy con ella en esa máxima; no sigamos adjudicando etiquetas o perseverando en mitos extemporáneos; perdamos el miedo a las bibliotecas, y por ende, a todos los profesionales que dan servicio en ellas, de lo contrario, corremos el riesgo de perdernos a personas como Carmen, y créanme, hacer este esfuerzo merece la pena.



Más de una década formando bibliotecari@s

